



Padre James Lloyd, C.S.P. imponiendo las manos en la Misa de ordenación de Evan Cummings en mayo del 2019. El P. Lloyd es el sacerdote paulista más anciano del mundo, nacido el 3 de abril de 1921 (foto: <https://paulist.org>)

Courage en el púlpito

Por William Doino, Jr

La invitación llegó a principios del 2018, y no pude haber estado más agradecido.

El padre James Lloyd, el sacerdote paulista más anciano del mundo, me escribió para anunciar un evento especial, a celebrarse «en la imponente Iglesia de San Pablo Apóstol» en donde fue ordenado.

«Aunque apenas puedo creerlo», escribió, «cumpliré 97 años en unos días. Pero aún más increíble es que celebraré setenta años de sacerdote el primero de mayo, fiesta de San José Obrero».

Luego bromeó: «Con un comprensible narcisismo y libre de todo complejo, quiero celebrar este hito importante antes de emprender el vuelo a la casa celestial».

Cuando llamé al padre para agradecerle por la invitación y expresarle lo ansioso que estaba por verlo celebrar misa y predicar: prometió entregar un «sermón ardiente y espectacular». Y no decepcionó.

Llegar a la «Misa de acción de gracias» del P. Lloyd, sobrepasó mis expectativas. La Iglesia del Apóstol San Pablo —la Iglesia de la Casa madre de la Orden paulista en Nueva York— se encuentra en la avenida Columbus, entre las calles West 59th y 60th, en la parte noroeste de Manhattan. Es una de las más hermosas iglesias de la ciudad. Fue construída a finales del siglo XIX, bajo la visión inspiradora del Fundador paulista, Padre Isaac Hecker, «que - según explica la página web de la iglesia – soñaba con construir una basílica que combinara los ideales artísticos del pasado, con el genio americano de su época». Hecker tuvo éxito más allá de toda expectativa. Alistando una gran cantidad de arquitectos y artistas talentosos, creó una iglesia majestuosa, hoy en día famosa por sus amplias dimensiones, vitrales, murales, esculturas y suelos de mosaico.

Al llegar temprano a la iglesia, tomé asiento en una de las bancas exquisitamente talladas, esperando que diera inicio la misa. La procesión de entrada fue acompañada por el himno "We Sing the Glorious Conquest", (Cantamos la conquista gloriosa), que si bien algunos fieles modernos consideran demasiado triunfalista, en mi opinión fue perfecto para la ocasión.

Por el pasillo central de la iglesia procesionaron varias docenas de sacerdotes, todos buenos amigos del padre Lloyd, de varias órdenes, en sus debidas vestimentas blancas, seguidos, finalmente, por el propio Lloyd, en su característico hábito paulista negro. Para seguir el ritmo del procesional, necesitaba ayuda de su andador, pero parecía notablemente ágil para alguien cerca a los 100 años.

El Padre Eric Andrews, presidente de los Padres Paulistas, dio la bienvenida y bendijo a la congregación, y presentó un invitado sorpresa: el Cardenal Timothy Dolan, arzobispo de Nueva York. El cardenal trajo su conocida calidez y soltura a la ocasión, pero había una dosis extra de emoción en su voz cuando se volvió hacia Lloyd y dijo: «Padre, hablo por mis hermanos sacerdotes, aquí reunidos en gran número, dos de mis hermanos obispos, y tanta gente presente esta noche, con el deseo de expresarte, de parte de la familia católica de la Arquidiócesis de Nueva York, ¡cuánto te amamos, y cuan agradecidos te estamos, felicidades—Aleluya — y por favor invítanos a tu cumpleaños número 100!»

A manera de broma el Cardenal dijo: «Odio mencionar esto, pero mis padres ni siquiera salían juntos cuando fuiste ordenado», y agregó: «El rumor es que conocías al padre Hecker».

Después de relatar muchos aspectos destacados del ministerio del padre Lloyd, incluída su obra misionera en el sur de África; su carrera docente como instructor del seminario y profesor de psicología; así como su rol de anfitrión en *Inquiry*, un programa de asuntos religiosos que se transmitió en NBC durante quince años; el cardenal hizo hincapié en los logros pastorales del padre Lloyd. El padre Lloyd — señaló el cardenal Dolan — ofrece asesoramiento gratuito a cualquier sacerdote de la arquidiócesis que solicita su ayuda y es también un leal capellán del «magnífico apostolado de *Courage*», que sirve a las personas con atracción al mismo sexo, ayudándoles a llevar una vida casta y gratificante.

Si alguien en la audiencia no entendía por qué el Padre Lloyd es tan amado, toda duda fue esclarecida luego de las palabras del cardenal Dolan.

Después de ese emotivo homenaje, la ceremonia continuó con la muy esperada homilía de Lloyd. Aunque al padre le hubiera encantado permanecer de pie durante todo su homilía, debido a lo extensa que fue, dos jóvenes sacerdotes paulistas lo ayudaron a tomar asiento, con su andador a la mano.

Cuando el padre Lloyd finalmente habló, el silencio cayó sobre San Pablo.

Su homilía comenzó recordando ese día que cambió su vida, en 1948, cuando él y cuatro compañeros diáconos paulistas- «jóvenes, idealistas e inocentes» - fueron ordenados sacerdotes de Dios y «juraron ser fieles a Cristo hasta la muerte».

Poco después de su ordenación, uno de los padres paulistas mayores, el padre Ed Nugent, le dijo a Lloyd en privado: «Ahora pasarás el resto de tu vida tratando de descubrir lo que te acaba de suceder».

El nuevo sacerdote no entendió del todo el comentario de Nugent, hasta que la gente comenzó a llamarlo «padre» Lloyd y a tratarlo «como una pieza de porcelana fina».

Para un autodenominado «rufián de la calle 61», esto fue una revelación, pero pronto llegó a apreciar el carisma especial que portan los sacerdotes, «que emana de su propia presencia, y que incluso muchos no católicos sienten y aprecian».

Para Lloyd, el sacerdocio sigue siendo maravilloso hoy como cuando ingresó.

Antes de su ordenación, compartió, que había sido afectado por una anomia, término clínico usado para denominar la falta de propósito en la vida. Aunque se había destacado en la escuela y tenía oportunidades de ingresar a la escuela de medicina, ingeniería, el ejército e incluso el teatro (en el que prosperaron sus padres), no podía decidir qué hacer. Frustrado, vagó sin rumbo, hasta que Dios finalmente le habló de una manera muy especial.

Era una calurosa tarde de sábado, en agosto de 1940. Lloyd, de 19 años, acababa de romper con su novia, «la chica más guapa de la parroquia!». Mientras caminaba sin rumbo por las concurrencias calles de Manhattan sintiendo profunda pena de sí mismo se detuvo de pronto frente a la iglesia de San Pablo Apóstol, la cual se había convertido en un lugar recurrente durante su juventud. Sin razón alguna comenzó a observar a un sacerdote paulista en sotana, descansando junto a una ventana, luego de haber escuchado confesiones. A pesar de haber salido de lo que debe haber sido una caja rígida, sin aire acondicionado, no parecía molesto, o sobrecargado, sino todo lo contrario. Inclinándose sobre un muro gris, el sacerdote vio pasar un desfile con toda serenidad.

Lloyd dijo que no tenía palabras para describir lo sucedido, pero una vez pasado ese primer momento una idea tomó forma en su mente con total rapidez: «El sacerdote parecía tan tranquilo, tan contento, tan seguro de que tenía algo importante que ofrecer. Parecía que no tenía que dar explicaciones a nadie, incluso a sí mismo. ¡El sacerdocio! ¿Podría ser eso? ¿A eso me estaba llamando Dios?»

La respuesta no tardó en llegar. James Lloyd ingresó al noviciado paulista tan pronto como le fue posible; y muy pronto llegó a apreciar lo que los padres paulistas habían hecho por él: «Fui bautizado aquí en San Pablo por un sacerdote paulista; San Pablo es donde hice mi primera confesión y recibí mi primera comunión. Los paulistas me enviaron a su escuela durante ocho años, cubriendo todos los gastos (¡mis padres no tuvieron que pagar un centavo!) Y me enseñaron a leer, escribir y calcular y, sobre todo, ¡a amar a Dios ... Eran mis héroes!

Señalando los diversos balcones que destacan en la gran Iglesia de San Pablo, Lloyd describió cómo sus héroes «se pararon en ese púlpito y, llenos del Espíritu Santo, proclamaron el Evangelio de Jesucristo con valentía, sin miedo y sin vacilación». Eran como titanes espirituales, dijo el padre, «golpeando sus pechos triunfante mente mientras proclamaban la antigua fe, sin timidez ni ambivalencia». Eran «oradores y eruditos consumados ... dinámicos, elegantes y proféticos».

Al explicar cómo estos paulistas dejaron una marca indeleble en su alma, el Padre continuó:

Nos cuestionaron profundamente con el pasaje de Apocalipsis 3,15-16: «Conozco tus obras: ¡no tienes frío ni calor! Entonces, como eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca».

El mensaje era claro: a menos que los católicos, tanto laicos como religiosos, se dedicaran por completo a Jesucristo y estuvieran ardiendo por el Señor, Él los repudiaría.

En caso de que alguno de los presentes se desesperanzara al escuchar aquella advertencia divina – cada vez menos mencionada en misa – el padre aseguró a todos que si ellos o alguien que conocieran era un católico débil o laxo, era posible cambiar sus vidas por completo al abrazar la Cruz y convertirse en un discípulo renovado de Cristo.

Fue durante esta parte de la homilía que Lloyd introdujo sin mayor problema una conmovedora defensa de la enseñanza católica sobre la sexualidad humana y su trabajo para el apostolado de *Courage*.

«Todos, sin excepción, están llamados a vivir la castidad», proclamó el padre Lloyd. Para aquellos unidos por el sagrado y verdadero sacramento del matrimonio, entre un hombre y una mujer, eso significa fidelidad total al cónyuge; y para los solteros significa gozar de amistades cálidas y maravillosas, pero absteniéndose en lo absoluto de tener relaciones sexuales. Para el cristiano comprometido, dijo Lloyd, «no puede haber racionamientos -a manera de excusa- para hacer lo contrario».

«Hoy en día muchos católicos consideran estas enseñanzas demasiado estrictas, incluso imposibles de observar, pero el Padre nos recordó que Dios nunca pide nada más allá de nuestras capacidades (1 Corintios 10,13), y que, con la oración, los sacramentos y la ayuda de un buen confesor, los católicos pueden y deben vivir vidas puras y fieles. Estos principios bíblicos», dijo, «son seguidos por *Courage*, un apostolado fundado hace 40 años por el estimado padre John Harvey, para ayudar a hombres y mujeres con atracción al mismo sexo a practicar la castidad: “en comunión, verdad y amor”».

Sin embargo, a pesar de que la Santa Sede y los Obispos de Estados Unidos respaldan firmemente a *Courage*, este apostolado también ha sufrido ataques. Los medios de comunicación seculares y los católicos disidentes, para quienes no hay nada que teman más que la moral tradicional, siempre han despreciado a *Courage*. El padre Lloyd, que ha sido capellán de *Courage* durante más de veinticinco años, envió un mensaje a sus críticos esa noche: «*Courage* no se va a ninguna parte».

«No va a dar paso a aquellos que rechazan la enseñanza católica sobre las relaciones entre personas del mismo sexo», dijo, «ni va a declinar y desaparecer, como predicen sus detractores».

Con más de 100 capítulos sólo en los EE. UU. y presente en más de 15 países, *Courage* cuenta con el sello de aprobación del Santo Padre. Recientemente el Papa Francisco honró a su director, el padre Phillip Bochanski, por su invaluable trabajo: *Courage* está prosperando.

Lloyd explicó por qué:

Durante cuarenta años, Courage ha ayudado a personas con atracción al mismo sexo— que a menudo sostienen relaciones con personas del mismo sexo— a salir de la oscuridad y la adicción sexual y a liberarse de las cadenas del pecado.

Luego, deteniéndose un momento y mirando a toda la congregación, Lloyd dijo con emoción:

No necesito los medios seculares para educarme sobre la atracción hacia personas del mismo sexo, y especialmente aquellos que viven con ella y buscan el bienestar espiritual y moral ... He visto y aconsejado a personas con esta inclinación muy de cerca, prima facie, y he escuchado sus sufrimientos y luchas, y he visto a muchos de ellos convertirse en santos ante mis ojos, mostrando verdadera santidad.

Lo más notable de estas palabras no fue sólo que Lloyd las pronunció, sino también dónde lo hizo: desde el púlpito de San Pablo Apóstol, que no es la misma iglesia que Lloyd vio en su juventud. Ahora es considerada una de las parroquias más «*gay friendly*» [amigable con los gays] en Manhattan, es decir, no sólo una iglesia que acoge y respeta a las personas con atracción al mismo sexo (como el Catecismo ordena a los católicos), sino una que va mucho más allá: patrocinando grupos y eventos que sutilmente, si no es que abiertamente, aprueba las relaciones entre personas del mismo sexo. Sin embargo, esa noche en San Pablo, no hubo señales de nada de eso. Toda la audiencia se quedó fascinada mientras escuchaban el sermón hermoso, valiente, compasivo y completamente convincente del Padre que destacaba las virtudes y la necesidad de la castidad.

El inspirador ejemplo de *Courage*, dijo el Padre, debería ayudar a todos los católicos a reformar sus vidas: «Si encuentras un error dentro de ti, corrígetlo. Si encuentras ignorancia, ilumínala. Si encuentras un compromiso cobarde, desafíalo. Y si encuentras intolerancia alguna, ¡exorcízala!»

Lloyd exhortó a sus oyentes a «ser guerreros espirituales», no acomodados y derrotistas, y, sobre todo, a «mantener su fe».

Ese último punto se hizo con fuerza, debido al anticatolicismo que ahora aumenta en todas partes. «Si no crees que nuestra fe está bajo ataque», dijo, sonando como aquellos paulistas de antaño, «debes estar viviendo en el extremo sur del planeta Plutón ... Hoy, mil voces diferentes asaltan implacablemente nuestra fe y nos instan a abandonar nuestra Iglesia por completo».

El mensaje es siempre el mismo, dijo, como la serpiente en la biblia: «*No tienes que creer todas esas tonterías católicas; ¡eres demasiado inteligente, demasiado educado para eso! ¿Por qué no abandonas finalmente las enseñanzas opresivas y supersticiosas de tu Iglesia y disfrutas de los placeres del mundo?*»

«Pero la razón por la cual los católicos no deben ajustarse a los estándares de este mundo», dijo Lloyd, «es porque el Evangelio nos advierte explícitamente que no lo hagamos (Rom. 12,2); y porque los fieles católicos saben que lo que creen, desde un punto de vista instintivo y metafísico, es verdad, satisfaciendo todas las necesidades y aspiraciones humanas. Aun así, las tentaciones nunca cesan, y la guerra mundial contra la vida eterna continúa, por lo que cada católico debe permanecer en guardia».

«Cada vez que se nos acercan los encantos seductores del mundo», dijo Lloyd, «debemos decírnos a nosotros mismos: “No me rendiré, no lo admitiré. No me daré por vencido. No cederé ...” Debemos mantenernos firmes en nuestras convicciones, soportar situaciones dolorosas y mortificantes y enfrentar nuestros demonios», dijo, «porque la perseverancia cristiana es lo que nos librará del mal: el que se mantenga firme hasta el final será salvado (Mat. 24,13)».

Antes de concluir sus commovedores comentarios, Lloyd agradeció a todos por venir y escucharlo esa noche, y luego trajo todo de vuelta al corazón de Cristo.

«Damas y caballeros, estoy aquí esta noche, ustedes están aquí, no para honrarme sino para honrar a Jesucristo». Porque fue Cristo quien lo llamó al sacerdocio; Cristo quien le permitió disfrutar de sus invaluables beneficios; y Cristo quien todavía lo llena con el mismo fervor evangélico que experimentó el día en que fue ordenado.

Luego, en un último gesto inolvidable, el Padre Lloyd levantó una gran Cruz Misionera reclinada sobre el altar, la sostuvo en alto y dijo en voz alta: «Jesucristo, nuestro Mesías, el Rey ... Toda la gloria, honor y adoración para ti, Señor Dios, ¡Aleluya y Amén!»

Por emocionante que fue la homilía de Lloyd, ésta no fue el punto culminante de la noche: eso estaría reservado para el momento central de cada Misa: la consagración y celebración de la Sagrada Eucaristía, «la fuente y cumbre de la vida cristiana», como afirma el Vaticano II.

Al ver al Padre Lloyd concelebrar misa esa noche, de manera tan hermosa y como si fuera la primera vez que lo hacía, entendí por qué siempre recuerda a los sacerdotes más jóvenes «¡la misa lo es todo!»

Al final de la celebración, cuando sus compañeros sacerdotes procesionaban fuera con Lloyd al final de la procesión, se creó un espacio cerca de las puertas de entrada de la iglesia, para que el padre pudiera despedirse de todos los que habían asistido.

Mientras observaba a la congregación agradecer y abrazar al padre Lloyd, uno por uno, y felicitarlo con entusiasmo, no creo haber visto más alegría en el rostro de un sacerdote. Lloyd irradiaba su aprecio por ser sacerdote y, a cambio, los fieles derramaban su afecto sobre él por ser uno.

Lo mejor de todo, es que no fue un último «hurra» para Lloyd pues, a la mañana siguiente, regresó a trabajar, aconsejando, escribiendo y celebrando misa, tal como lo ha hecho durante décadas.

Al salir de San Pablo esa noche, pensé: *cuánto este hombre de Dios ha fortalecido a los católicos durante estos tiempos tumultuosos; cuánto les ha hecho amar aún más su fe; ¡Y cuánto los ha inspirado a orar por el sacerdocio!*

El 3 de abril, el padre Lloyd cumplió 99 años y, como lo ha hecho todas las semanas desde 1994, continúa dirigiendo una reunión de *Courage* en San Pablo. Sorprendentemente, excepto en algunas ocasiones poco comunes, como cuando una reunión ha coincidido con la Navidad, el padre nunca se ha perdido una reunión. «Es casi tan perfecto como la racha de bateo de 56 juegos de Joe DiMaggio, pero no del todo», bromea. Ni siquiera el terrible Coronavirus ha cambiado eso. Después de que sus superiores le indicaron que practicara el distanciamiento social, si no es que el confinamiento (debido a su edad), obedeció prontamente, mientras se aseguraba de que sus reuniones de *Courage* continuaran en línea, a través de *Zoom*, sin perder una semana. Es así que su increíble carrera continúa, mientras confronta la pandemia con su fortaleza típica, publicando reflexiones espirituales sobre el autoconfinamiento y las cosas que realmente importan.

No puedo esperar a que el padre Lloyd cumpla 100 años el próximo año, cuando sus admiradores puedan asistir a una celebración aún más gloriosa para una de las leyendas vivas de la Iglesia, y seguramente uno de sus sacerdotes más excepcionales.

Para leer el artículo original en inglés, visite este enlace:

<https://www.catholicworldreport.com/2020/05/10/courage-in-the-pulpit/>